

Javier Fernández Aguado

# LA LÓGICA DEL MAL



MADRID | CIUDAD DE MÉXICO | BUENOS AIRES | BOGOTÁ  
LONDRES | SHANGHÁI

# Índice

Presentación de Josep Capell .....	9
Prólogo de Marcelino Lominchar .....	13
Introducción .....	19
1. La infancia y primera juventud .....	29
2. En Viena.....	39
3. La I Guerra Mundial.....	54
4. La revolución.....	69
5. El control del NSDAP.....	78
6. El <i>putsch</i> de la cervecería.....	84
7. El preso de Landsberg.....	95
8. En marcha hacia el poder .....	101
9. La llegada al poder .....	115
10. En la Cancillería .....	122
11. Canciller de Alemania .....	130
12. La Noche de los Cuchillos Largos.....	143
13. El poder absoluto.....	149
14. El frente interior.....	156
15. La crisis Blomberg-Fritsch .....	163

16. <i>Anchsluss</i> .....	168
17. La Conferencia de Múnich.....	172
18. La Noche de los Cristales Rotos.....	179
19. La caída de Checoslovaquia.....	183
20. El pacto Mólotov-Ribbentrop.....	188
21. La invasión de Polonia.....	194
22. La guerra con Occidente.....	201
23. Mirando hacia el este.....	208
24. El principio del fin.....	219
25. Punto de inflexión.....	231
26. Stalingrado y Kursk.....	238
27. El año del derrumbe.....	247
28. El Día D.....	251
29. El atentado.....	253
30. El hundimiento.....	256
31. La camarilla de Hitler en el III Reich.....	270
Epílogo.....	279
Bibliografía.....	284

# Introducción

Como la mirada de la Gorgona, el III Reich sigue atrayendo y repeliendo. Basta encender la televisión, repasar las novedades literarias o cargar un videojuego para comprobar que, desde el impoluto corte de los uniformes negros de las SS diseñados por Hugo Boss hasta el paso implacable de los Panzer por las estepas rusas, el nazismo continúa de alguna manera vivo. A diferencia del comunismo soviético, que parece reducido en la memoria a un montón de escombros de hormigón y hierros retorcidos y oxidados, el III Reich parece suscitar un interés que oscila entre el morbo y el alivio, como quien sube a una montaña rusa o contempla una película de terror sabiendo que, pese al miedo, una vez que termine, la realidad volverá a la normalidad.

El protagonista de esa fascinación es Adolf Hitler, un pintor mediocre que combatió en la I Guerra Mundial y resurgió de una existencia miserable en Viena pertrechado de correaes y botas de caña alta. Mutó en el responsable indiscutible de Alemania y desencadenó la mayor guerra de la historia, además de uno de los genocidios más despiadados del siglo XX, tanto de judíos (Shoah o catástrofe) como de gitanos (Porraimos o devoración).

A la hora de evitar simplificaciones, a veces astutamente exculpatorias, no debe caerse en el error de contemplar en Hitler a un lunático que engañó a un pueblo. Esa tentación, aún vigente, pretende centrar en él las responsabilidades de los crímenes del nazismo.

El corpus ideológico de Hitler y del III Reich, de colosal pobreza intelectual, concilió corrientes que borbotaban en la sociedad germana. El pueblo alemán observó en Hitler a un perfecto catalizador, a una figura que, entroncada con precedentes que el nazismo utilizó sin pudor —del belicismo prusiano al antisemitismo centroeuropeo, pasando por una exaltada identidad nacional—, respondía a sus anhelos, incluso a los más inconfesables. Su nacionalización de las

masas se basó en lo que el poeta W. H. Auden denominó la *afectación* de la política. La propaganda de Hitler, escasamente original, apeló a emociones, de la esperanza a la venganza, que calaron en un pueblo que acopiaba sobrados motivos para sentirse abochornado tras la derrota de la I Guerra Mundial, la humillación de Versalles y el desastre económico y social que supuso la República de Weimar, además del temor al bolchevismo. No debe culparse únicamente al pueblo alemán del nazismo y sus crímenes —hay demasiados grises, del miedo al oportunismo—, pero es justo mencionar que fue un colaborador necesario. Hasta las derrotas en el Frente Oriental, el apoyo a Hitler, salvo excepciones, fue notable. Considerarlo un chiflado que repartía cartas es más que un desliz; supone una inmoralidad. Un desequilibrado no engaña a una sociedad durante tanto tiempo. Salvo, claro está, que esa sociedad también esté enloquecida.

No consta que Hitler fuera un individuo clínicamente trastornado, si bien su salud mental se vio afectada durante la guerra. Se manifestó, entre otros síntomas, con un incremento de su natural paranoia y en decisiones cada vez más erráticas y nefastas. Pese a su irritante demagogia y a una formación, vital y académica, anodina, fue un soberbio propagandista. Captó intuitivamente el espíritu de su época y, como el jugador que en el fondo era, las debilidades de sus enemigos, marxistas germanos o potencias occidentales.

Pese a lo que sostiene el cliché, su gestión política y militar, a diferencia de su pericia propagandística, fue mejorable. En lo militar no tomó decisiones tan insensatas como determinados historiadores han deseado hacer creer —sobre todo para absolver al ejército y explicar la derrota ante un enemigo aparentemente menor, los soviéticos— y en lo político caló en esas corrientes que solo algunos son capaces de desentrañar. Tuvo la habilidad de atender a quienes nadie oía y transmitirles lo que querían escuchar y de entregarles, en su contexto, aquello a lo que aspiraban, aunque no fueran conscientes de que estaban conduciéndolos al desastre. Como escribe Rebecca West, todo surge de «haberse convertido en dictador sin vincularse a ninguna de las obligaciones contractuales que el hombre civilizado ha impuesto a sus gobernantes en todas las fases de la historia y que dan al poder un alma que salvar. Esta cancelación del proceso de gobernar lo convierte en una violencia vana que debe a toda costa excederse a sí misma. A esa clase de bárbaro la larga servidumbre en

los barrios bajos le impide saber qué es lo que el hombre hace cuando deja de ser violento, y solo le permite atisbar oscuramente cierta prosperidad material. Así pues, no concibe otra válvula de escape que la creación de unos servicios sociales que de manera absolutamente artificial extienden esta prosperidad material entre los ciudadanos en pequeñas dosis que los hacen felices y dependientes; y como segundo recurso, acude a la ejecución de fantasías sobre el tema de la fuerza bruta. Se practica toda forma de coacción sobre cualquier elemento que, dentro del Estado, ofrezca resistencia o incluso sea sospechoso de ser consciente de su diferencia respecto al partido dominante; y todas las criaturas de fuera del Estado son consideradas enemigos dignos de ser odiados e injuriados o, en condiciones ideales, de ser robados y asesinados. Esta agresividad conduce evidentemente a la creación de inmensas fuerzas armadas y, furtivamente, a una incesante experimentación tendente a encontrar para el mundo exterior unos métodos lesivos que no sean los habituales de la guerra convencional».

La llegada al poder de Hitler incluye el apoyo de movimientos conservadores, de un grupo nada desdeñable de la población y de algunos golpes de suerte. El derrumbe de Weimar, una república en la que nadie creía, así como el temor a que Alemania cayera en manos de los bolcheviques, convirtieron a Hitler y al Partido Nacionalista Obrero Alemán (NSDAP) en un instrumento, con un consistente apoyo popular, para regresar a un sistema que respondiese a lo que los alemanes deseaban. Sin embargo, el NSDAP, a diferencia del Partido Comunista en la Unión Soviética, jamás llegó a tener la solidez para formar cuadros e infiltrarse en cada recoveco de la sociedad, entre otras razones, porque era un instrumento al servicio de un caudillo que vertebraba a la sociedad. Todos los esfuerzos propagandísticos, sustentados en una poderosa estética, se centraban en él.

La incapacidad de Hitler para, una vez en el poder, crear órganos de gobierno estables en los que apoyarse, más allá de un aparato represivo brutal, acabó por sumir a la sociedad en un caos de colosales dimensiones, agravado por el hecho de haber destruido el trabajo de articulación que Strasser había construido en el Partido durante la década de 1920. El mito de la eficacia nazi a la hora de gobernar surgió fruto de una falaz propaganda. En realidad, eran frecuentes las quejas ante la burocracia, la ineficiencia y la corrupción. El Estado y

el Partido avanzaron a menudo cada uno por su lado, con los previsibles choques entre altos mandos debidos a la inexistencia de unos órganos de poder que, a diferencia de lo que había pasado en la Unión Soviética con el partido leninista —en cuya organización Strasser se inspiró—, unificaran esfuerzos. Hitler debía imbricar al Partido y al Estado, por lo que, como pasa con tantos CEO que tratan de decidir todo en sus organizaciones, su labor se hallaba condenada al fracaso. Que un tipo tan incapaz como Hess quedase al mando del Partido hasta su disparatado vuelo hasta el Reino Unido muestra la flácida preocupación de Hitler por las cuestiones organizativas.

Hitler desconfiaba de la burocracia y de los suyos, aunque sostuviera lo contrario. Su manera de gestionar las labores de los individuos con los que debía colaborar consistía básicamente en dictar unas directrices vagas para que así trabajasen «en la dirección del *Führer*». Con frecuencia solicitaba lo mismo a varios para desconcertar y luego decidir él lo que deseaba, sin cortapisas. Todo, sin sistemas de control o de contrapeso, como corresponde a toda dictadura, un sistema imprevisible, arbitrario. Solo cuando los problemas parecían irresolubles, Hitler formulaba arbitrajes, por lo general haciendo gala de un desvergonzado oportunismo con el que apuntaba a aquella solución, tomada por otros, que más posibilidades de prosperar tenía. Eso le permitía hacerla pasar como suya si tenía éxito. En su manera de razonar, solo el más fuerte merecía sobrevivir, de modo que eludía cualquier responsabilidad dejando que fueran otros quienes tuvieran que bregar con los problemas y pelear entre sí por resolverlos. Eso proporcionaba cierta libertad de actuación a los suyos, lo que provocaba que Hitler hiciera muchas veces la vista gorda. Göring, sin ir más lejos, un deshonesto mentiroso patológico, contó con su favor hasta los últimos días de la guerra.

Esa forma de gestión implicaba que a Hitler siempre le comunicaban prácticamente lo que quería escuchar. Fue derivando en que, ante lo que él creía errores, tuviera que asumir cada vez más cargos, tanto políticos como militares. Toda prescripción le suponía un esfuerzo descomunal y, cuando se equivocaba, echaba la culpa a otros esgrimando conceptos vagos, como la deslealtad o la traición. Si algo salía mal, era culpa de los demás, de quienes no habían seguido fielmente sus resoluciones. Alérgico al trabajo duro, reacio a cualquier consejo y acostumbrado a pontificar sobre temas de los que

era un consumado iletrado, la guerra, con sus inevitables y urgentes dilemas, se convirtió en un reto que minó su salud física y mental, aunque no sus convicciones, sustentadas sobre una voluntad fanática. El final de Hitler estaba anunciado: ¡todo o nada! Siempre fue coherente con su incongruencia.

El pensamiento de Hitler se articula desde lo expuesto en *Mein Kampf* en torno a tres propósitos irrenunciables que conformaban uno solo: la aniquilación de los judíos, la liquidación de los marxistas y la necesidad de un espacio vital en el este que permitiera a los alemanes disponer de recursos para sobrevivir. Jamás los abandonó. Podía ser flexible siempre que se respetaran esos objetivos. El fin, en su mentalidad, justificaba los medios. Desde la década de 1920, Hitler martilleó una y otra vez, en sus patéticos escritos o en sus vigorosos discursos, sobre esas aspiraciones. Nadie podía llamarse a engaño: trató de cumplirlos hasta el último momento con la tenacidad del sonámbulo a la que tantas veces se refería al hablar de sí mismo, su tema favorito.

Si la supervivencia de Alemania dependía de ellos, diluirlos significaba la destrucción. Como hasta 1942 sumó un triunfo tras otro, esas certezas fueron cada vez más sólidas. Consideraba que la Providencia, al modo de la suerte que Napoleón reclamaba para sus generales, le asistía. Siempre disponía del comodín de echar la culpa a los judíos. Al creerse inmune a todo revés y sentirse protegido por el destino, cada vez asumió más riesgos. Para Hitler, que había vivido desesperado durante sus años en Viena, parecía lúcido creer en una inespecífica providencia, ser un jugador de máximos envites y desarrollar una cada vez más honda paranoia.

Entre los objetivos de Hitler, el racial sigue siendo un señalado motivo de controversia, especialmente en cuanto a la responsabilidad que tuvo en la *Shoah* o el Porraimos. Sin entrar en los delirios de revisionistas como David Irving o en las mamarrachadas de los partidos nazis que aún perviven, parece que, incluso entre historiadores rigurosos, existe la tentación de cargar a Himmler y sus SS la responsabilidad de la muerte de millones de judíos y gitanos. Pasa algo parecido con algunos partidarios fanatizados de Stalin a la hora de justificar sus crímenes: no los habría sabido y en el fondo lo engañaron los cargos del NKVD sin que pudiera poner freno a los excesos.

Hitler, como Stalin en la Unión Soviética, conocía perfectamente lo que estaba sucediendo con los judíos y los gitanos. Lo desencadenó él mismo, al igual que Stalin con las purgas. Aunque se cuidó mucho de verbalizar expresamente el exterminio, lo anunció y proclamó. Sus apelaciones a la liquidación de los judíos en sus discursos podían pasar como bravatas de agitador de taberna, pero, como confirman los hechos, las formulaba completamente en serio. No empleaba verbos como *aniquilar* o *exterminar* de manera azarosa. Sus delirios de grandeza, unidos a un narcisismo que se había vehiculado a través del antisemitismo y el convencimiento de ser un instrumento de la Providencia, implicaban la destrucción de millones de seres humanos. Su deshumanización de los judíos, a los que consideraba bacilos de una enfermedad, prueba que la *Shoah* fue auspiciada directamente por él. En un régimen en el que todo pasaba por él, no puede alegarse ignorancia. Tanto la Gestapo (policía secreta) como el SD (el Servicio de Seguridad nazi) le informaban puntualmente de cualquier minucia sobre los judíos. Solo un sinvergüenza o un ignorante creen que Hitler no estaba al tanto de lo que ocurría en los campos de exterminio. En la Alemania nazi todos trabajaban en «la dirección del *Führer*». La ferocidad ideológica de las SS era la plasmación perfecta de los despropósitos de Hitler.

La responsabilidad de Hitler en una guerra que costó decenas de millones de muertos es absoluta. Las potencias occidentales, inmersas en sus problemas y temerosas de la Unión Soviética, le permitieron hacer y deshacer hasta la crisis de Polonia. Su exigencia de un espacio vital en el este de Europa, unida a la destrucción de los judíos y el marxismo, anunciaba palmariamente que iría a la guerra, una conflagración de aniquilación, como detallan sus atroces directrices antes de la operación Barbarroja. En su enfermiza concepción del darwinismo social, la guerra era inevitable. El rearme que inició desde su primer día como canciller dejó claras sus intenciones, que fueron bien acogidas por el ejército y por la industria. A pesar de lo que sostiene la propaganda partidista, las medidas económicas y sociales del nacionalsocialismo, un movimiento que se consideraba a sí mismo revolucionario, no pasaron del barniz.

Las desigualdades sociales se mantuvieron, con unas cifras de desempleo que nunca fueron buenas, aunque se beneficiaron de la inversión pública o de la vuelta de muchas mujeres al hogar, sin que

los sueldos y las condiciones laborales mejoraran. La ofuscación con un modelo autárquico, corregido con propuestas de raigambre keynesiana, propició problemas económicos como la inflación o el desabastecimiento. Se pusieron en marcha medidas como la construcción de viviendas sociales o los viajes para los trabajadores. Muchas, paternalistas y estériles, quedaron opacadas por la urgencia de preparar la beligerancia. Toda la economía se organizó en torno a ella, y numerosos cargos del Partido se enriquecieron con las privatizaciones y la corrupción más salvaje. A Hitler le traía sin cuidado. Como todo visionario, no le importaba el presente, sino el futuro en el que los alemanes habrían colonizado el este y asegurado su supervivencia y bienestar a costa de la explotación y el exterminio de millones de individuos. Es una constante en los tiranos más terribles de la historia, sean del color que sean: fiarlo todo a un futuro que nunca acaba de llegar y que siempre requiere una violencia imponente.

Se percibe en Hitler algo extrañamente vacío. Resulta complicado encontrar en él rasgos que lo humanicen, como si todos sus atributos se desdibujaran, sin encontrar asideros. Stalin tenía familia e incluso presuntos amigos, además de un retorcido sentido del humor. En Hitler parece darse un vacío casi absoluto, sea en el trato con sus camaradas o incluso en sus relaciones con las mujeres. Podía ser cordial e incluso afectuoso con sus secretarías, a las que abordaba con condescendencia y un humor tímido, casi risible. También departía amablemente y parecía tolerante con colaboradores como Speer o Goebbels. E incluso, en uno de sus episodios más insólitos, algunas navidades ordenaba a su chófer que lo paseara de noche por algún pueblo, de incógnito, para contemplar melancólicamente las luces de las casas. También conocemos al Hitler colérico y arrebatado, incapaz de cualquier muestra de humanidad, dispuesto a desatar la violencia más atroz, convencido de que el mundo entero se posicionaba en su contra.

Como todo hombre implacable, podía ser sentimental y descuidar las estrictas relaciones de clase. Creía en sus dotes artísticas y soltaba opiniones propias de un nesciente sobre temas de los que nada sabía. En paralelo, intuía por dónde iban a encaminarse algunas tendencias del futuro, como el empleo de los automóviles o la peligrosa tolerancia con la eutanasia. Más allá de estos rasgos, Hitler se erige como una figura voluntariamente catalizadora, consciente

de su destino y dispuesto a sacrificarse por su proyecto, que él identificaba con Alemania. Hitler no estaba loco y tampoco era un simple. Surgen, al leer sobre él, no pocas dudas sobre su carácter. Reducirlo a una caricatura, para ensalzarlo o denigrarlo, se antoja un yerro. He intentado no caer en él y ofrecer, por el contrario, una imagen suya lo más compleja y completa posible.

Mi propósito es contar a través de su voz, con sus contradicciones y delirios, cómo y por qué hizo lo que hizo y por qué adoptó determinadas decisiones. Su pensamiento ideológico, bastante mondo, marcó su vida. Sus tres ideas básicas determinaron sus acciones. Aunque al analizar la época creamos que era imposible que lograse sus propósitos —gracias a lo que los anglosajones denominan *hindsight* (comprensión retrospectiva)—, la realidad es que estuvo a punto de cumplirlos. No formulo juicios morales ni interrogo a un personaje que, como Stalin, me parece detestable, sino que pongo de manifiesto el cómo y el porqué tratando de ofrecer las claves para comprender sus motivaciones y decisiones sin aturdir al lector. Este deberá obtener las conclusiones por sí mismo, consciente de que en el futuro los epígonos de Hitler no gastarán gorra de plato ni liderarán marchas con antorchas, pero serán pariguales en lo esencial. Algunos pululan no lejos de nosotros.

He manejado una profusa bibliografía para trazar un retrato sobre Hitler y su vida que, tal vez por nuestra incapacidad para comprender el horror absoluto, tanto tiene de enigma. Los hechos, como los pasos del sonámbulo que se dirige hacia el abismo, son incuestionables. No es ficción: hay decenas de millones de muertos. Bastaría citar sus nombres para ser conscientes de que la mirada de la Gorgona, antes o después, si la damos por inofensiva, nos convierte en piedra.

Además de estudiar a fondo la cuestión, ampliando mucho la documentación empleada para el libro *El management del III Reich* (LID), he visitado campos de concentración tanto en Alemania (Dachau) como en Chequia (Terezín), he hablado con soldados que lucharon en la II Guerra Mundial y he recorrido buena parte de Alemania, Austria, Italia, Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega, Rusia, Polonia, Hungría, República Checa, Eslovaquia, Eslovenia, Finlandia, Estonia, Letonia, etc., siguiendo los senderos transitados por las tropas hitlerianas. Estremece hondamente,

sin ir más lejos, la magnitud de los búnkeres que aún subsisten en Normandía, por no hablar de los dolorosos recuerdos que acopia el Museo del Terror en Budapest, las celdas de aislamiento y tortura en Tallin o los zapatos que recuerdan los cruelísimos asesinatos por ahogamiento de prisioneros encadenados en el Danubio.

Frente a los modelos dictatoriales como el nacionalsocialismo y el comunismo, sigo siendo un ferviente defensor de la libertad humana. Debe contar con específicos límites, pero siempre es mejor que la tiranía. Bien lo explica el sabio griego en *Entrevista a Aristóteles (LID)* y bien se manifiesta paradigmáticamente en la multitud de iniciativas que desmenuzo en *2000 años liderando equipos (Kolima)* y en *El encuentro de cuatro imperios. El management de españoles, aztecas, incas y mayas (Kolima)*. Los mesianismos humanos de los ingenieros sociales, por el contrario, conducen siempre al abismo.

\* \* \*

Agradezco a Marta, mi mujer, y a mis hijos, Sofía y Enrique, su incondicional apoyo en mis investigaciones. Y también a mis hermanos y a mi familia política, siempre dispuestos a echar una mano. Mis padres lo hacen desde el Cielo. Mis numerosos amigos, muchos vivos, pero también un buen grupo ya difuntos, se hallan presentes en mi día a día. Josep Capell, Marcelino Lominchar y Enrique Sueiro, autores de la presentación, el prólogo y el epílogo, son excelentes profesionales además de buenos amigos. Les estoy muy reconocido por el tiempo dedicado a elaborar sus oportunas consideraciones. Tanto ellos como Sergio Casquet —¡un sabio discreto! — han realizado sugerencias valiosas que he tomado en consideración. Mi socio y amigo, José Aguilar, es un interlocutor de excepción con quien siempre aprendo.

Publicar de la mano de Manuel Pimentel, Laura Madrigal y Laura Díez es un gusto. Son rigurosos profesionales y fenomenales seres humanos. ¡Gracias!



# 1.

## La infancia y primera juventud

JFA: Usted nació el 20 de abril de 1889, en Braunau am Inn.

A. HITLER: Aquel alumbramiento, que aconteció, por lo visto, a mitad de la tarde de un sábado, vigilia de Pascua, gélido y nublado, se produjo providencialmente entre la frontera de Austria y Alemania. ¡Mi destino se hallaba decidido! Esos acontecimientos significativos han sido, no por azar, una constante en mi vida. Mi madre, Klara, había dado a luz a tres hermanos —Gustav, Ida y Otto— que no habían sobrevivido. Yo no llegué a conocerlos, lo cual era común en aquella época. Mi nacimiento —¡poco menos que un milagro! — fue recibido con expectación y entusiasmo.

Si algo debo destacar de ese día de mi llegada al mundo es la oportunidad feliz de haber visto la luz en aquella pequeña localidad, oportunamente situada en la frontera de dos países cuya unión, bajo la égida germánica, ha sido uno de mis propósitos existenciales. Braunau constituye el símbolo prematuro de una obra, tan grandiosa como trágica, que ha tratado de iluminar el porvenir de Alemania. Nuestra historia no ha sido fácil. Los alemanes siempre hemos sido contemplados con suspicacia, con envidia. Tampoco por casualidad fue allí donde dio su vida por Alemania el librero de Núremberg Johannes Philipp Palm, un magnífico nacionalista y enemigo de los franceses que fue fusilado por orden de Napoleón el 26 de agosto de 1806 acusado de publicar y distribuir un panfleto titulado «Alemania en su más profunda humillación». Su atroz e injusto castigo se debió a su valiente y admirable negativa a denunciar a sus camaradas con uno de esos paradigmas de Alemania, tierra en la que la valentía